



Ganador del XI Concurso de Tanatocuentos

Charcos

Autor. Juan Giménez Peña

El director entra en clase y habla con la *profa*. Luego salen los dos y nos dejan solos. Faltan cinco minutos para la hora del recreo, lo sé porque desde que dan las diez suelo mirar el reloj tres veces cada minuto. Desde menos cuarto que no llueve y el patio está casi seco, lo más seguro es que nos permitan jugar a fútbol. El sol aparece y se esconde de forma intermitente, y los charcos que se ven desde mi ventana van menguando rápidamente. Entra de nuevo la *profa* y suelta mi nombre.

-Jiménez -dice- puedes venir un momento. Recoge tus cosas.

Cuando me levanto, veo a mi madre a través de la puerta entreabierta. No sé qué pinta allí justo en medio del horario de clases, no ha

hecho nunca nada por el estilo. Por no ir, no aparece ni en las reuniones de la asociación de padres. Algo tiene que haber sucedido. Todo el mundo me mira mientras meto mis libros en la mochila. No me pongo nervioso. Lo único

que me preocupa en este momento es perderme el fútbol del recreo.

En el pasillo, mi madre me da un par de besos y se acerca a despedirse de la *profa*. Me resulta raro que se traten tan familiarmente. Estoy seguro de que es la primera vez que se ven. Mientras conversan, mantengo la cabeza baja, mirando un desconchado entre el suelo y el zócalo.

Mi madre me mira mientras escucha a la *profa*. Va muy guapa. Lleva un vestido marrón oscuro que no reconozco, y se le ven las piernas hasta la rodilla. Muy peinada, con el pelo hacia arriba, en una especie de moño largo,

como una presentadora de televisión.

Caminamos en silencio hacia la puerta.

-¿Dónde vamos? ¿Le ha pasado algo a papá?.

Si le pregunto es porque me parece lo correcto en una situación así, pero tampoco es que me mate la curiosidad. No sé si será por perderme el fútbol o qué, pero me estoy cabreando un poco.

-Tu padre está bien. Está trabajando. Y ya verás dónde vamos.

Mi padre es mecánico. Trabaja en un taller de coches en Hospitalet. En Granada tenía un taller grande, pero tuvo que dejarlo para venir aquí, a Barcelona.

-Cogeremos el autobús.- dice mi madre.

En las calles de acera ancha predominan las mujeres. Una de cada dos lleva en la mano un cesto, otras, un carrito de ruedas. Yo paso cada día por esa zona camino de la escuela, pero ahora no me resulta en absoluto familiar.

El número de autobús que espera mi madre viene en seguida y casi vacío. Al momento, nos tenemos que detener en un semáforo, al lado de unas obras de construcción de un edificio. Una excavadora extrae tierra en enormes paletadas. Desde una valla metálica, cinco o seis hombres observan

el trabajo de los albañiles. Uno de ellos se gira y mira hacia la ventanilla donde yo me encuentro. Es muy viejo, viejísimo, y tengo que desviar la mirada del miedo que me da.

-Tu padre está bien, no te preocupes por eso. No sabe que he venido a buscarte. Y tú no se lo vas a contar... - dice mi madre. Yo asiento con complicidad y noto que ya no está como antes, en el cole. Se ha puesto seria

y mantiene rígidamente la postura con su bolso negro sobre las rodillas, agarrado con ambas manos.

El autobús sale del ensanche y atraviesa un barrio que yo no conozco.

Ya no hay aceras y los árboles están pelados, muy diferentes a los de mi calle. El motor comienza a rugir mucho más profundo, subimos una cuesta con curvas cerradas, y la ciudad empequeñece a la derecha de la carretera, bajo unas nubes muy grises.

La parada del autobús queda justo enfrente de una verja. Cuando la recorremos descubro que estamos en un cementerio, porque distingo las filas

de nichos, y al atravesar la gran puerta metálica de la entrada el rumor de la

ciudad desaparece por completo, o eso me parece a mí. Mi madre duda y nos

detenemos en medio de una placita, con unas tumbas muy chulas en el centro. Al fondo parece tener lugar una reunión, un grupo aguarda en silencio, mientras una máquina elevadora está colocando un ataúd en uno de

los nichos del último piso.

Ahora nos hemos acercado un poco, pero aún nos mantenemos a unos metros. Los hombres tienen todas las manos en la espalda, y las mujeres se aferran a sus bolsos mientras miran hacia lo alto. Van todos muy bien vestidos, pero me parecen pasados de moda, como si fueran de pueblo, o algo así.

Al final, cuando acaban de poner al muerto en su sitio, van desfilando

hacia la salida. Sólo se escucha el ruido de sus zapatos deslizándose sobre la gravilla. Pasan todos por delante nuestro. Nadie nos saluda. Yo no los he visto en mi vida, pero por la crudeza con que la miran, creo que a mi madre sí la conocen. Además, me aprieta la mano de una forma que me está comenzando a hacer daño, y hasta que no ha pasado el último de la procesión no me suelta, y sólo entonces comenzamos lentamente a caminar nosotros también, hacia la verja. Vuelve a llover, pero no me importa demasiado, el recreo ya debe estar más que acabado y seguro que habrán jugado el partido a pesar de los charcos.

Mientras esperamos el autobús de vuelta no me atrevo a decir una palabra, y cuando subimos, mientras ocupamos los últimos asientos vacíos, quisiera iniciar de repente una conversación con mi madre, hablar de cosas que no tienen nada que ver con la excursión de hoy. Quiero que me explique otra vez cómo conoció a mi padre, decirle cuánto me gusta escucharla contando esa historia.

Pero va a tener que ser en otro momento, porque cuando giro la cabeza para comenzar a hablar la veo apoyada contra el cristal, llorando, y está más guapa que nunca, y mi madre no parece mi madre.